

Cambio climático: “salud mental en un mundo en llamas”

Climate change: “mental health in a world on fire”
Mudança climática: “saúde mental em um mundo em chamas”

Claudia Donoso Sabando *
Universidad de Talca, Chile

Resumen

El cambio climático –comprendido como el aumento anormal de la temperatura ambiental y posicionado como la expresión más conocida del Antropoceno– ha provocado un ingente interés en el ámbito sanitario no solo por los efectos físicos directos que las olas de calor, sequías, inundaciones y eventos climáticos extremos tienen sobre la salud de las personas, sino también por el amplio abanico de expresiones psíquicas asociadas a tal fenómeno. Dentro de este contexto el síndrome psicoterrático –expresado en sus formas de ecoansiedad, ecoparálisis y solastalgia (cuya última expresión puede tomar la forma del suicidio)– busca otorgar una propuesta etiológica, cuya fundamentación no se hallará vinculada a desajustes o deficiencias funcionales, sino a importantes cuestiones existenciales resultado de la separación, interesada y violenta, entre naturaleza y humanidad, resultado, a su vez, de aquella la “voluntad de morir” que guía todo lo existente.

Palabras clave: cambio climático, síndrome psicoterrático, salud mental, solastalgia, eco-ansiedad

Abstract

Climate change, which is understood as the abnormal increase of the temperature of the environment, and positioned as the most known expression of the Anthropocene, has caused great interest in the health sector, not only because of the direct physical effects that heatwaves, drought, floods and extrem weather events have on people's health, but also due to the wide variety of mental expressions related to this phenomenon. Within this context the psychoterratic syndrome- expressed in its forms of eco-anxiety, eco-paralysis, and solastalgia (whose last expression may take the form of suicide)- seeks to provide an etiological proposal whose foundation will not be linked to functional imbalances or deficiencies, but to important existential issues resulting from the self-interested and violent separation between nature and humanity, outcome, in turn, of that “will to die” that guides everything in existence.

Keywords: climate change, psychoterratic syndrome, mental health, solastalgia, eco-anxiety

Resumo

A mudança climática –entendida como o aumento anormal da temperatura ambiental e posicionada como a expressão mais conhecida do Antropoceno– provocou um enorme interesse no campo da saúde não apenas devido aos efeitos físicos diretos que as ondas de calor, secas inundações têm e eventos climático extremo sobre a saúde das pessoas, mas também devido à grande variedade de expressões psíquicas associadas a tal fenômeno. Dentro deste contexto a síndrome psicoterapêutica - expressa em suas formas de ecoansiedade, ecoparalísia e solastalgia (cuja última manifestação pode tomar a forma de suicídio) - procura fornecer uma proposta etiológica cuja base não estará ligada a desajustes ou deficiências funcionais, mas a importantes questões existenciais resultantes da separação interessada e violenta entre natureza e humanidade, resultado, na sua vez, por essa “voluntad de morir” que orienta tudo que existe

Palavras chave: mudança climática, síndrome psicoterapêutica, saúde mental, solastalgia, eco-ansiedade

DOI: 10.5281/zenodo.5205194

*Contacto: clدونوسو@utalca.cl Magíster en Bioética, Magíster en Filosofía. Profesora Facultad de Ciencias de la Salud, Universidad de Talca.

1. CAMBIO CLIMÁTICO: LA APUESTA PELIGROSA DEL ACUERDO DE PARÍS

El año 2015 los países firmantes del Acuerdo de París se comprometieron a fijar el aumento de la temperatura media global para fines de este siglo en torno a los 2°C. Sin embargo, a la fecha, los compromisos, no vinculantes y adscritos voluntariamente por las partes, no fueron más que buenas intenciones. Si se implementaran todos los acuerdos declarados la temperatura media del planeta alcanzaría, en el más auspicioso de los casos, los 3,2°C para el año 2.100 (Wallace-Wells 22). Otras fuentes sostienen que, en razón del comportamiento no lineal del clima, las temperaturas a fines de este siglo podrían superar doblemente lo estimado por el Panel Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPCC por sus siglas en inglés) (Fischer *et al.* 2018). Aún más, se propone que los mismos sistemas de retroalimentación del planeta serían capaces llevar a la Tierra hacia un proceso de calentamiento continuo cuya temperatura media sería mucho mayor a la expresada durante los periodos interglaciales de los últimos 1,2 millones de años (Steffen *et al.* 2018).

Por su parte, Naciones Unidas sostiene que de seguir una trayectoria como la actual es posible que para el periodo 2081-2100 la temperatura media del globo en superficie pueda alcanzar, en el peor de los casos, los 4,5°C (IPCC *Resumen responsables de políticas* 2013 20). En este punto es necesario tener en cuenta que tales modelamientos son ejecutados en base a parámetros no lineales, lo cual implicaría asumir que el incremento de la temperatura podría ser mayor a lo declarado por esta organización. Es decir, si tal como declara Fischer, a saber, que en razón de los efectos de retroalimentación la temperatura podría alcanzar el doble de lo estimado, el extremo superior de lo que es posible podría ubicarse en torno a los 8°C de incremento térmico.

Con 8°C el mundo podría transformarse en un escenario distópico. Los océanos se elevarían 60 metros, dos tercios de las principales ciudades del mundo quedarían anegadas, prácticamente sería imposible cultivar alimentos, existirían auténticas tormentas de fuego, los huracanes adquirirían una magnitud jamás antes vista, una tercera parte del planeta se volvería inhabitable y las olas de refugiados marcarían la agenda política de los países que logren adaptarse (Wallace-Wells 26). Sin embargo, otros estudios proponen, en base a la “sensibilidad climática de equilibrio,” que es probable que una vez alcanzada cierta temperatura (66% de confianza para temperaturas entre 2,2°C y 3,8°C) el clima se estabilice en torno a este margen. No obstante, con tal nivel de calentamiento el escenario tampoco es muy auspicioso (Cox *et al.* 2018).

Mas, sea cual sea el escenario, es claro que lo está en juego con cada medio grado de incremento en la temperatura son cientos de millones de vidas (IPCC *Resumen para responsables de políticas* 2018), y no solo humanas. David Shindell, tratando de cuantificar este asunto, estimó que aproximadamente 150 millones de personas morirían, solo a causa de la contaminación del aire, si la temperatura media global asciende de 1,5°C a 2°C. Para tener una mejor percepción de estas cifras tenga en cuenta que ciento cincuenta millones de vidas equivalen, aproximadamente, a veinticinco Holocaustos (Wallace-Wells 41). Por consiguiente, lo que el cambio climático en particular, así como la crisis ecológica en general, supone para la civilización actual es nada menos que una verdadera “crisis existencial” en el más amplio sentido de la palabra (*Ibid.*).

2. CAMBIO CLIMÁTICO Y SALUD MENTAL

Hayes y colaboradores señalan que la Organización Mundial de la Salud (OMS) estima, para mediados de este siglo, un aumento de 250.000 muertes por año debido a los impactos directos del cambio climático. Entre los efectos que tal fenómeno provoca se incluyen: morbilidad y mortalidad asociada al calor, incremento de enfermedades transmitidas por vectores (dengue, malaria), aumento de enfermedades respiratorias y morbimortalidad asociada a eventos meteorológicos extremos (Hayes *et al.* 1-2). Además, las enfermedades relacionadas con la seguridad alimentaria y del agua, con la exposición a los rayos UV (melanoma maligno) y patologías renales crónicas por deshidratación se agrupan bajo la categoría de enfermedades ligadas indirectamente al cambio

climático (*Id.* 2). Sin embargo, otro efecto, menos conocido y atendido, incluye los riesgos e impactos que este fenómeno supone para la salud mental (*Id.* 1).

En este contexto Berry y colaboradores organizan las amenazas del cambio climático sobre la salud mental en dos categorías. La primera, titulada “efectos directos del cambio climático sobre la salud mental” –y subdividida a su vez en dos ámbitos. El primero llamado eventos climáticos agudos (terremotos, inundaciones, incendios y huracanes), cuyos peligros, lesiones y muertes actúan como detonantes de cuadros de estrés postraumático, trastornos severos de ansiedad, agresión, y suicidio; y, el segundo, denominado eventos climáticos subagudos, tales como: periodos frecuentes de sequía y calor extremo capaces de gatillar disrupciones sociales, económicas y ambientales que toman la forma de: hambrunas, guerras civiles, desplazamientos y migraciones. Acompañando a la categoría “efectos directos del cambio climático” se ubica la esfera “efectos indirectos del cambio climático sobre la salud mental,” y organizada en: impactos a través de la salud física (dada la relación interdependencia entre enfermedades mentales y físicas transmisibles y no transmisibles), del entorno físico (relacionados con los factores de riesgo que afectan la salud biofísica. Aquí se incluye el llamado síndrome psicoterrático), del entorno social (relacionada con los impactos que el deterioro de la economía tiene sobre la salud mental) y de la adaptación y mitigación (en relación con las consecuencias adversas que para ciertas personas significarían las transformaciones en el estilo de vida) (125-128).

Por su parte Trombley y colaboradores ubican en el grupo catalogado con el nombre de desastres relacionados con el clima, las afecciones asociadas al desorden de estrés agudo, el síndrome de estrés postraumático, la depresión y la ansiedad. En tanto, en la categoría titulada efectos graduales del clima, ubican la depresión bipolar y el suicidio ocasionados por el calor; así como la angustia, ansiedad y depresión desencadenadas por las sequías. A lo anterior se suman los cuadros de angustia psicológica y enfermedades mentales vinculadas a la inseguridad alimentaria (45-47).

En una línea similar Clayton y colaboradoras califican los efectos del cambio climático sobre la salud mental en agudos y crónicos. Los agudos, resultantes de desastres y eventos meteorológicos extremos, toman principalmente la forma de cuadros de trauma, shock y desorden por estrés postraumático. Por su parte los impactos crónicos, resultado de climas calurosos, se manifiestan en conductas agresivas, incremento en el uso de servicios de emergencia de salud mental, sentimientos de impotencia, depresión, miedo, fatalismo, resignación, solastalgia y ecoansiedad (22-27).

El Centro de Control y Prevención de Enfermedades (CDC por sus siglas en inglés) reafirma lo anterior al sostener que los eventos meteorológicos extremos pueden afectar la salud mental de varias maneras. Concretamente las investigaciones demostraron altos niveles de ansiedad y trastorno de estrés postraumático entre personas sometidas a situaciones tales como: huracanes, inundaciones u olas de calor. Además, dada la variación que la tasa de suicidios exhibe en relación a la temperatura (a mayor calor mayores tasas de suicidio) se plantea el potencial impacto que el cambio climático podría tener en la depresión y otro tipo de enfermedades mentales, entre las cuales se hallan, la demencia –comprendida como factor de riesgo para la hospitalización y muerte durante las olas de calor– y la esquizofrenia –sus medicamentos pueden interferir con la regulación de la temperatura e incluso causar hipertermia. Otros impactos potenciales en la salud mental, menos estudiados, incluyen el estrés asociado a los procesos de degradación ambiental y desplazamientos, así como la ansiedad que el conocimiento del cambio climático puede provocar en algunas personas.

A lo anterior se suman los efectos que el cambio climático impone sobre el funcionamiento de las comunidades en la forma de: disminución del sentido de cohesión, interrupción del sentido de pertenencia y continuidad, aumento de la agresión interpersonal (abuso doméstico y crímenes) e intergrupala (conflictos políticos y guerras), migraciones e impactos económicos (Clayton *et al.* 29-30; Trombley *et al.* 47-48). Sin embargo, lo anterior no implica asumir que el clima por sí solo, o incluso primariamente, desencadene un conflicto, sino más bien se liga al hecho de que cuando ocurren grandes variaciones climáticas estas pueden tener efectos sustanciales en la incidencia

de los conflictos. Así, las grandes desviaciones en las precipitaciones normales y las temperaturas moderadas incrementan significativamente la violencia y el conflicto en una variedad de escalas temporales, espaciales y en distintos tipos de organización (Hsiang *et al.* 1, 9, 12).

Específicamente en cuanto al suicidio, Burke y colaboradores dan cuenta de un comportamiento fuertemente lineal entre la temperatura y aquel: los suicidios aumentan a altas temperaturas y disminuyen cuando esta baja. Específicamente cada aumento de solo un grado en el promedio de la temperatura mensual incrementó en un 0,7% la tasa de suicidios en Estados Unidos durante el periodo comprendido entre los años 1968-2004, y 2,1 puntos porcentuales en México entre los años 1990-2010. Bajo esta suposición, y en ausencia de una adaptación sin precedentes, tales autores calculan un incremento de un 1,4% en la tasa de suicidios en Estados Unidos y de un 2,3% en México para el año 2050. En términos concretos 14.020 y 7.460 suicidios por exceso en Estados Unidos y México respectivamente.

En esta misma línea Carleton estima que el calentamiento de los últimos 30 años es responsable de 59.300 suicidios en India –país donde ocurren un quinto de los suicidios a nivel mundial– lo que representa un 6,8% de la tendencia alcista total. A partir de los datos obtenidos, y ejecutando un análisis crítico de las limitaciones inherentes a su estudio, la autora observa como las altas temperaturas aumentan las tasas de suicidio durante las temporadas de cultivo, ya que el desarrollo de esta práctica se halla fuertemente condicionada por las temperaturas y lluvias estacionales (a mayor precipitación mejor rendimiento agrícola). Con más de la mitad de la población activa empleada en la agricultura y con un tercio de los habitantes bajo la línea de la pobreza, Carleton propone que es precisamente el estrés económico que sobre los hogares, y la economía en general, acarrea el rendimiento insuficiente de los cultivos y lo que motiva la respuesta de suicidio. Las también llamadas muertes por desesperación.

La importancia de determinar fehacientemente si la tasa de suicidios responde o no a las condiciones climáticas es relevante, ya que los suicidios causan más muertes en el mundo que todas las formas de violencia intergrupala e interpersonal combinadas, y donde el 75% ocurre en países de ingresos bajos y medios (OMS). Por otra parte, determinar la influencia del clima es bastante complejo dada la serie de factores no climáticos que potencialmente pueden contribuir en el desarrollo de tales conductas. De ahí precisamente la importancia de analizar adecuadamente los posibles factores de confusión (tales como: cambios en las normas culturales, efectos de contagio suicida, etc.) (Burke 723, Carleton 8746).

3. SOLASTALGIA: EXPRESIÓN DEL SÍNDROME PSICOTERRÁTICO

Quienes sugieren que el mundo y sus habitantes podrían tolerar un incremento de 2°C de temperatura ignoran la angustia y el daño que el aumento de solo 1°C ya está causando (Albrecht, “Chronic environmental” 45) en la naturaleza, en los animales, en los cuerpos y en las mentes, en la forma específica de nuevos cuadros psíquicos que, dada su novedad, requerirán del establecimiento de un nuevo lenguaje. Así conceptos tales como: ecoansiedad, ecoparálisis y solastalgia surgen como respuesta a tal necesidad.

En este escenario, la ecoansiedad es comprendida como un “temor crónico a la destrucción ambiental” (Clayton *et al.* 68) fuertemente vinculada a emociones tales como: culpa, duelo, trauma, desesperación e ira, todas ellas en su correspondiente modalidad ecológica (Pihkala 9-10).

Son, precisamente, los sentimientos de incertidumbre, imprevisibilidad e incontrolabilidad asociados a los cuadros de ansiedad y ecoansiedad (*Id.* 11), junto a la magnitud global del problema ecológico, lo que favorecería el desarrollo de un sentimiento de impotencia o parálisis para la toma de decisiones, y conocida con el nombre de ecoparálisis (Albrecht,* Emociones de la Tierra* 117).

Otra expresión que adquiere el sentimiento de angustia desencadenada por la destrucción ambiental es lo que Albrecht bautizó el año 2003 con el nombre de solastalgia, y comprendida como la angustia o desolación causada por la gradual destrucción física del paisaje o el entorno familiar (Albrecht, “Chronic environmental” 50). Este concepto encuentra su origen en las palabras *solace* (consuelo), derivada del verbo en latín *solari* (sustantivo: *solacium* o* *solatium*),* cuyo significado se asocia al alivio de la angustia o la provisión de consuelo; y *desolation* (desolación), derivada del latín* *solus* (sustantivo: *desolare*), con significados relacionados con los términos: *devastación, privación, abandono y soledad*. Sumándose a estas el sufijo *algia** ligado al concepto de dolor (*Id.* 51).

En contraste, la nostalgia (*nostos*: regreso al hogar o tierra originaria, *algia*: dolor o enfermedad) representa una combinación de alteraciones psíquicas expresadas principalmente como un sentimiento de melancolía ante la imposibilidad de volver a casa, y desarrollado en general por personas que deben abandonar involuntariamente su hogar. Sin embargo, hoy en día el uso más frecuente del término nostalgia pierde su conexión con el hogar geográfico y se remite a un “mirar atrás,” que toma la forma de un deseo o anhelo por reconectar con un entorno cultural pasado en el que la persona se sentía más en casa. (Albrecht, “Solastalgia” 45-46).

Ahora bien, en la solastalgia, a diferencia de la nostalgia, no hay una desconexión espacial con el lugar, pues este síndrome se presenta en personas que viviendo en sus hogares sienten una melancolía similar a la causada por la nostalgia, y expresada como un dolor provocado por la desolación física del lugar donde se vive (*Id.* 48). Así, y en oposición a la nostalgia, la solastalgia no añora el regreso a un pasado dorado ni anhela otro hogar; por el contrario, es una vivencia del presente (desolación física), una especie de nostalgia estando en casa. Y si bien es cierto que algunas personas pueden responder a esta situación con nostalgia, dado su deseo de regresar a un estado pasado, otras manifestarán un profundo anhelo de mantener aquellas cosas que brindan consuelo (Albrecht, “Chronic environmental” 52; Albrecht, “Solastalgia” 48-49). Esto quiere decir que a diferencia de la nostalgia que se orienta al pasado, la solastalgia puede dirigirse tanto al presente como al pasado (Albrecht, “Solastalgia” 49).

Pese a que eventos tales como sequías, incendios e inundaciones pueden actuar como gatillantes inmediatos de solastalgia, es el estrés crónico, o la aparición lenta de pérdida de lo que constituye el entorno familiar –tales como: guerra, terrorismo, limpieza de tierras, minería, aumento de la gentrificación de zonas antiguas de la ciudad, etc.–, lo que caracteriza más propiamente dicho fenómeno. De igual manera la solastalgia puede presentarse en personas que son desplazadas antes a la ocurrencia de algún fenómeno meteorológico extremo y que al regresar se encuentran con un entorno desolado (Albrecht, “Chronic environmental” 52-53). Igual caso para aquellas que retornan luego de una mudanza a un entorno totalmente destruido. Ambas situaciones se caracterizan por el hecho de que sus habitantes no experimentan *in situ* el proceso de destrucción desencadenante de la solastalgia, pero sí dan cuenta de una nostalgia por el estado anterior de su hogar, esto es lo que se conoce con el nombre de econostalgia (Albrecht, “Negating solastalgia” 19). Más, el mínimo común denominador a todos estos cuadros es la destrucción del entorno biofísico que propicia una afectación del sentido de identidad, pertenencia y control a nivel personal y comunitario. Experiencias que, en el peor de los casos, pueden desembocar en graves problemas sociales, físicos y mentales, tales como: abuso de drogas, desórdenes psiquiátricos e incluso suicidios (Albrecht, “Chronic environmental” 53; Albrecht, “Solastalgia” 49, 58). En particular el suicidio ocurre porque “la vida en casa se vuelve demasiado espantosa,” tal como lo explica un anciano perteneciente a los pueblos originarios de Australia. Precisamente tanto la pérdida de los territorios, como de los lazos culturales profundamente ligados a la tierra, constituyen algunas de las razones de por qué los procesos de destrucción de la naturaleza afectan con especial rigor a tales poblaciones, que no solo reportan importantes sentimientos de nostalgia, resultado de la desposesión histórica de sus tierras, sino también de solastalgia y sus consecuencias asociadas, entre las cuales se incluyen: alcoholismo, abuso de sustancias, violencia contra las mujeres, altas tasas de crímenes, encarcelamientos y muertes (Albrecht, “Solastalgia” 50, 51).

Finalmente, cabe señalar, que con el fenómeno de la globalización comunicacional los significados asociados a “experiencia directa” y “hogar” se tornan difusos. Ello quiere decir que la vivencia de la solastalgia también es posible de ser experimentada por personas que, sintiendo una fuerte identificación con la Tierra, experimentan los mismos sentimientos de angustia y desolación al observar eventos que destruyen la identidad del lugar (por ejemplo: destrucción del Amazonas) (*Id.* 49).

4. NI CENTRO DEL UNIVERSO NI IMAGEN DE DIOS

Tal como los brotes de psicosis y depresión asociados al proceso de desencantamiento cósmico de los siglos XVI y XVII (Berman 16, 22); hoy, el síndrome psicoterrático podría ser comprendido como parte de los efectos asociados al derrumbe del marco referencial antropocéntrico, basado en el capitalismo y la modalidad científica experimental (*Id.* 22), construido en su momento para otorgar la estabilidad que demandaba la existencia luego de la muerte de Dios.

Pese a que las ciencias evolutivas demostraron que el ser humano carece de un origen especial; de que la historia ratificara la inhabilidad del capital para mantener “las posibilidades de vida del planeta, que son precisamente las condiciones de su acumulación” (Lazzarato 90-91); y, de que la misma física moderna confirmara el hecho de que “el ‘mundo’ no es independiente de ‘nosotros’” (Berman 143); a veces, o mejor dicho de manera reiterada, a la humanidad le cuesta comprender que no es mucho.

Si imaginásemos los 4.500 millones de años de historia de la Tierra reducidos a un día terrestre normal, la vida empieza muy temprano, hacia las cuatro de la madrugada, con la aparición de los primeros simples organismos unicelulares, pero luego no hay ningún avance más en las dieciséis horas siguientes. Hasta casi las ocho y media de la noche . . . no empieza la Tierra a tener otra cosa que enseñar al universo que una inquieta capa de microbios. Luego, por fin, aparecen las primeras plantas marinas, a las que siguen veinte minutos más tarde la primera medusa ... A las 21:04 salen nadando a escena los primeros trilobites . . . Poco antes de las 10:00 [PM] empiezan a brotar las plantas en la tierra. Poco después, cuando quedan menos de dos horas del día, las siguen las primeras criaturas terrestres

Gracias a unos diez minutos de meteorología balsámica, a las 22:14, la Tierra se cubre de los grandes bosques carboníferos cuyos residuos nos proporcionan todo nuestro carbón. Aparecen los primeros insectos alados. Poco antes de las 23:00 irrumpen en escena los dinosaurios e imperan durante unos tres cuartos de hora. Veintiún minutos antes de la medianoche se esfuman y se inicia la era de los mamíferos. Los humanos surgen un minuto y diecisiete segundos antes de la media noche. El total de nuestra historia registrada, a esta escala, sería solo de unos cuantos segundos, y la duración de solo una vida humana de apenas un instante. (Bryson, cap.5 “adiós a todo eso”)

Además, existe otra particularidad, la presencia de vida constituye un hecho extremadamente atípico en el universo, y cuando esta aparece no “quiere” ser, precisamente, muy compleja. Las especies se desintegran y mueren con bastante regularidad y, en especial, cuanto mayor sea su complejidad (*Ibid.*). Posiblemente el acto de separación de la sustancia viva, a partir de la “universal integración de las cosas en el todo de la naturaleza,” se halla constantemente tensionada por el no ser que acompaña inextricablemente toda “autoorganización de la materia hacia la vida” (Jonas 17).

Si toda sustancia viva adquiere su condición de ser gracias a un acto de separación que le permite distinguir “su propia identidad de la de su material [. . .] y, en virtud del cual [. . .] forma parte del mundo físico común” (*Ibid.*). Es, precisamente, tal dependencia material la que contiene la posibilidad de devolverla a la “universal integración de las cosas en el todo” (*Ibid.*) y, la misma, por la cual cada “organismo posee[rá] su ser de modo condicional y, siempre sujeto a una posible revocación” (*Ibid.*). Tensionado entre el ser y el no ser, entre el yo y el mundo, entre la forma y la

materia, entre la libertad y la necesidad, cada organismo se hallará en una constante relación con algo que lo excede, con una posibilidad que hay que ir a recuperar (*Ibid.*).

Dicho aquello, y atendiendo a la evidencia otorgada por el tiempo profundo, pareciera que la muerte es una forma de vida. Una que posiblemente encuentra en la ley del debilitamiento de la fuerza constitutiva de la teleología del exterminio mainländeriana, y manifestada como el movimiento que tiende constantemente del ser al no ser, la explicación metafísica que aclara por qué el 99,9% de todas las especies que han existido ya no se encuentran presentes (Bryson, cap.5, “adiós a todo eso”); y también, por qué, cuando los pueblos transitan desde su condición natural al estado civilizado “cae[n] y [son] destruido[s] en las profundidades” (Baquedano 84). Una suerte de eterno retorno cuya velocidad es tal, que en un universo con miles de millones de años las civilizaciones –que solo duran unos cuantos milenios y la industrial de seguro solo unos cuantos siglos– “pueden surgir, desarrollarse y consumirse sencillamente demasiado rápido como para que se encuentren entre sí” (Wallace-Wells 247-248). Es lo que Hanson califica con el nombre de “el gran filtro.” Concretamente, es el filtro medioambiental lo que hace que las civilizaciones mueran y desaparezcan con bastante regularidad y, el mismo, que explicaría el “gran silencio” del cosmos: “gritamos al universo y no oímos ningún eco, ninguna respuesta” (*Id.* 248).

Mas otra cosa muy distinta son los actos de aniquilación desencadenados por el hombre y, como tal, ajenos al equilibrio dinámico de la extinción comprendida como un “proceso natural a largo plazo” (Bryson, cap.5, “adiós a todo eso”). Tenga en cuenta que en promedio la tasa media de extinción de la historia biológica ha sido de una especie cada cuatro años. Por el contrario, la causada por el ser humano, cuya historia supone aproximadamente solo el 0,0001% del tiempo de vida del planeta, puede ser hasta 120.000 veces mayor (*Ibid.*, cap.6, “adiós”). Razón tenía Mainländer cuando sostuvo que “la muerte de la humanidad tendrá como consecuencia la muerte de toda vida orgánica [del] planeta” (Baquedano 93-94). Porque precisamente su voluntad de vivir –que en el fondo no es más que voluntad de morir (*Id.* 2011)– ávida por conservar su existencia “provoca y padece dolor, debilitando con ello las fuerzas suyas o las del resto” (*Id.* 32). De este modo, la separación entre el cuerpo y la mente, la naturaleza y la cultura, lo orgánico y lo espiritual como abstracción distintiva de la Modernidad, y central para organizar epistemológica y ontológicamente la naturaleza, los cuerpos y las mentes en los orígenes y desarrollo del capitalismo (Moore 606), logró precisamente lo que buscaba superar, a saber: daño, sufrimiento y mortandad.

5. HACIA UN DESENLAZADO CON MENOS DOLOR

Ciertamente pareciera que los ideales antropocéntricos con los que una humanidad, víctima de su voluntad de vivir que en el fondo no es más que voluntad de morir, trató de suplantarse al Dios agonizante de la época –y, por lo mismo, presos de un nihilismo incompleto– demostraron en la práctica no solo su incapacidad para construir el mundo deseado, sino también, los peligros, deliberados o no, que su lógica implacable, supone para la vida y el planeta. A tal punto, que al día de hoy el cambio climático en particular –así como el Antropoceno en general– ha llegado a simbolizar “el fin de todo lo que ahora nos parece que constituye nuestra humanidad” (Kriss y O’Hagan 2017) y, simultáneamente, el fenómeno que propicia la muerte de los falsos ideales que el nihilismo incompleto precedente heredó, ya en sus formas de: capitalismo, positivismo, liberalismo, nacionalismo, progreso, felicidad de los más, etc. (Volpi 64). En este contexto Arias señala que para Latour el cambio climático simboliza “el concepto filosófico, religioso, antropológico y político más decisivo de nuestro tiempo. [El mismo que] Peter Sloterdijk ha saludado como una nueva *minima moralia* que nos obliga a pensar en la cohabitación de los ciudadanos de la Tierra con las formas y los procesos no humanos” (23).

Hoy, para bien o para mal, el cambio climático enfrenta a la humanidad con la radical experiencia de lo negativo, con la pérdida del centro, con la “desvalorización de los valores supremos” y con la pregunta respecto a la muerte a una escala radical y sin precedentes. Ecoansiedad, ecoparálisis, solastalgia, meteoansiedad, duelo ecológico, econostalgia, ecocidio,

tierracidio, biofobia, ecofobia, tierratrauma, tierrafuria, topoaversión, pavor global, tierra tortura, eco-apocalipsis y un gran etcétera, corresponderán a la materialización psíquica del nihilismo de la época: el llamado “econihilismo” (Albrecht, *Emociones de la Tierra* 102-103; Albrecht, “Negating solastalgia”).

Entonces, si el impulso que guía todo lo existente no es más que voluntad de morir, ejemplificada magistralmente en el desplazamiento de la Tierra hacia la época del Antropoceno; y si esta voluntad de morir, derivada de la desintegración de la unidad simple precósmica en el mundo de la multiplicidad, constituye el principio que rige todo lo que es –razón por la cual el Antropoceno “no sería en ningún caso el efecto de una acción humana deliberada, sino el desenlace de una larga cadena de acciones no intencionadas que producen efectos imprevistos sobre una materia viva, productiva, que recibe el impacto humano y ‘responde’ a él” (Arias 115)–, no será mejor, siguiendo a Scranton, asumir de un vez por todas que ya “estamos jodidos . . . que ya hemos muerto, pero todavía no lo sabemos . . . [y, que] las únicas preguntas pendientes son cuándo y cómo” (citado en Arias 24-25). Pareciera que no. Porque la identificación del largo movimiento del cosmos y la humanidad desde el ser al no ser como desarrollo necesario e irrevocable, así como el reconocimiento de la superioridad del no ser frente al ser; no implica entregarse al sufrimiento vinculado a toda afirmación vigorosa de la voluntad de vivir, sino más bien, reconocer que quien accede a tal conocimiento, e ingresa a la dinámica del todo, alcanza “la calma del ánimo” (Baquedano 101-102, 104-105) que le permite comprender por ejemplo, que “lo relevante no es la lucha de la vida con la muerte en el lecho de muerte, en donde triunfa la muerte, sino la lucha de la muerte con la vida durante la cópula, en la cual triunfa la vida” (*Id.* 106-107). El mismo que reconoce que “la población humana crece a costa de la suma de fuerzas que contiene la biodiversidad en el mundo que es finita y que continuamente se debilita en la multiplicidad a través del aumento de individuos dispersos hacia el *nihil negativum*” (*Id.* 34-35).

Si bien es cierto que quien afirma la voluntad de vivir como quien adhiere reflexivamente a la voluntad de morir se encaminan hacia el mismo fin, “la diferencia radica en la naturaleza del movimiento” (*Id.* 36) y en la cantidad de sufrimiento. Por lo mismo, ya va siendo hora de pensar un nuevo relato universal, liberado de ideales sustentadores de sueños improbables, tal como la de reproducir la sociedad humana en otros planetas; cuando más bien, lo que se necesita es “impedir que se haga realidad una posible pesadilla aquí en la Tierra” (Arias 206).

En suma, ya va siendo hora de pensar una “teoría de las relaciones ‘impensable.’ [Superadora de la propuesta] del individualismo ilimitado, esas unidades preexistentes de relaciones de competencia que toman todo el aire de la atmósfera (excepto, aparentemente, el dióxido de carbono)” (Haraway 86). Ya va siendo hora de re-conocer y rescatar esa mentalidad perdida con los modernos, matizada con los hechos que entrega la experiencia, a saber, no existen “organismos independientes en entornos” (*Id.* 64) y, contrariamente a la propuesta cartesiana, el cuerpo no se halla separado de la mente, ni “la ‘realidad’ no humana está en una dependencia radical respecto del sujeto . . . [y tampoco este es] exterior al mundo [ni] soberano frente a él” (Schaeffer 42). Por el contrario, y tal como señala Haraway en relación con el pensamiento de Latour, “los colectivos se construyen-con de manera recíproca, y no solo por humanos” (Haraway 75). Los colectivos se construyen con aliados de los más diversos tipos ontológicos: animales, plantas, microbios, moléculas, máquinas y un gran etcétera. Ensamblados no ordenadamente uno al lado del otro, sino uno junto-con-y-en-el-otro desconocido, en las más diversas escalas temporales y espaciales (*Id.* 75, 101). Auténticas redes de vida simpoiéticas: “sistemas producidos colectivamente que no tienen límites espaciales o temporales autodefinidos [y, cuya] información y control se distribuyen entre los componentes. Los sistemas son evolutivos y tienen el potencial de cambiar sorpresivamente” (Dempster citado en Haraway 102-103).

En suma, ya va siendo hora de tomar distancia y de reformular el concepto de humanidad, ni centro de todo como en el tiempo medieval, ni en mitad de ninguna parte como la idea nuclear (MacLeish), sino más bien como vida (física y psíquica) entrelazada con todo. Tal como enseña Haraway, “somos humus no Homo” (94). Somos simplemente un breve respiro en la vida del planeta, nada especial, nada divino, nada muy particular, simplemente otra especie de vida más.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Albrecht, Glenn A. “Chronic environmental: emerging ‘psychoterratic’ syndromes.” *Climate change and human well-being*. Edited by I. Weissbecker. International and Cultural Psychology (book series), 22 June 2011, pp. 43-56, DOI: 10.1007/978-1-4419-9742-5_3.
- ---. *Las emociones de la Tierra: nuevas palabras para un nuevo mundo*. Traducido por Judit Avelló, mra ediciones, 2019.
- ---. “Negating solastalgia: an emotional revolution from the Anthropocene to the Symbiocene,” *American Imago*, vol. 77, no. 1, Spring 2020, pp. 9-30, DOI: 10.1353/aim.2020.0001.
- ---. “‘Solastalgia’: a new concept in human health and identity,” *PAN: Philosophy, Activism, Nature*, no.3, 2005, pp.44-59.
- Arias Maldonado, Manuel. *Antropoceno: la política en la era humana*. Taurus, 2018.
- Baquedano Jer, Sandra, traducción y estudio preliminar. *Filosofía de la redención: antología Philipp Mainländer*. Fondo de Cultura Económica, 2011.
- Berman, Morris. *El reencantamiento del mundo*. Traducido por Sally Bendersky y Francisco Huneeus, Cuatro vientos Editorial, 2007.
- Berry, Helen Louise *et al.* “Climate change and mental Health: a causal pathways framework,” *Int J Public Health*, vol. 55, 2010, pp. 123-132, DOI: 10.1007/s00038-009-0112-0.
- Bryson, Bill. *Una breve historia de casi todo*. Traducido por José Manuel Álvarez Flórez, Editor digital Titibillus, ePUB base r2.0
- Burke, Marshall *et al.* “Higher temperatures increase suicide rates in the United States and Mexico,” *Nature Climate Change*, vol. 8, August 2018, pp.723-729, DOI: 10.1038/s41558-018-0222-x
- Carleton, Tamma A. “Crop-damaging temperatures increase suicide rates in India.” *PNAS*, vol. 114, no. 33, August 15, 2017, pp.8746-8751, DOI: 10.1073/pnas.1701354114
- Clayton, Susan *et al.* “Mental health and our changing climate: impacts, implications, and guidance,” American Psychological Association, 2017, Link del artículo. Consultado el 23 de noviembre de 2020.
- Cox, Peter M. *et al.* “Emergent constraint on equilibrium climate sensitivity from global temperature variability,” *Nature*, vol. 553, January 18, 2018, pp. 319-322. DOI: 10.1038/nature25450
- “Datos y cifras sobre el suicidio: infografía.” Organización Mundial de la Salud (OMS).Link del documento. Consultado el 23 de noviembre de 2020.
- Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPCC). Resumen para responsables de políticas. *Cambio Climático 2013: Bases Físicas. Contribución del Grupo de trabajo I al Quinto Informe de Evaluación del Grupo Intergubernamental de Expertos sobre cambio climático*. Editado por Thomas F. Stocker, Dahe Qin, Gian-Kasper Plattner, Melinda M.B Tignor, Simon K. Allen, Judith Boschung, Alexander Nauels, Yu Xia, Vincent Bex y Pauline M. Midgley. Cambridge University Press, 2013, pp. 1-34, Link del documento
- ---. “Resumen para responsables de políticas.” *Calentamiento global de 1,5 C, Informe especial del IPCC sobre los impactos del calentamiento global de 1,5°C con respecto a los niveles preindustriales y las trayectorias correspondientes que deberían seguir las emisiones mundiales de gases de efecto invernadero, en el contexto del reforzamiento de la respuesta mundial a la amenaza del cambio climático, el desarrollo sostenible y los esfuerzos por erradicar la pobreza*. Editado por Valérie Masson-Delmotte, Panmao Zhai, Hans-Otto Pörtner, Debra Roberts, Jim Skea, Priyadarshi R. Shukla, Anna Pirani, Wilfran Moufouma-Okia, Clotilde Péan, Roz Pidcock, Sarah Connors, J.B.Robin Matthews, Yang Chen, Xiao Zhou, Melissa I. Gomis, Elisabeth Lonnoy, Tom Maycock, Melinda Tignor y Tim Waterfield, 2018, pp. 1-32. Link del documento.
- Fischer, Hubertus *et al.* “Palaeoclimate constraints on the impact of 2 C anthropogenic warming and beyond.” *Nature Geoscience*, vol. 11, no. 7, 2018, pp. 474-485, DOI: 10.1038/s41561-018-0146-0.
- Haraway, Donna J. *Seguir con el problema: generar parentesco en el Chthuluceno*. Traducido por Helen Torres, Edición consonni, 2019.
- Hayes, Katie *et al.* “Climate change and mental health: risks, impacts and priority action,”

- Int J Ment Health Syst*, vol. 12, no. 28, 2018, pp. 1-12, DOI: 10.1186/s13033-018-0210-6.
- Hsiang, Solomon M. *et al.* "Quantifying the influence of climate on human conflict," *Science*, vol. 341, 13 September 2013, pp.1235367-1 - 1235367-14, DOI: 10.1126/science.1235367.
 - Jonas, Hans. *El principio de vida: hacia una biología filosófica*. Traducido por José Mardomingo, Editorial Trotta, 2000.
 - Kriss, Sam & Elli Mae, O'Hagan. "Tropical Depressions," Link del artículo, september 2017. Consultado el 3 de diciembre de 2020.
 - Lazzarato, Maurizio. *El capital odia a todo el mundo: fascismo o revolución*. Traducido por Fermín A. Rodríguez, Eterna Cadencia Editora, 2020.
 - MacLeish, Archibald. "Riders on Earth together, brothers in eternal cold," december 25 1968, Link del documento. Consultado el 4 de diciembre de 2020.
 - "Mental health and stress – related disorders." Centers for Disease Control and Prevention (CDC), Link del documento. Consultado el 23 de noviembre de 2020.
 - Moore, Jason W. "The Capitalocene, Part I: on the nature and origins of our ecological crisis." *The Journal of Peasant Studies*, vol. 44 no. 3, 2017, pp. 594-630. DOI: 10.1080/03066150.2016.1235036.
 - Pihkala, Panu. "Anxiety and ecological crisis: an analysis of eco-anxiety and climate anxiety," *Sustainability*, vol. 12, no. 19, 2020, pp.1-20, DOI: 10.3390/su12197836.
 - Schaeffer, Jean-Marie. *El fin de la excepción humana*. Traducido por V. Goldstein, Fondo de Cultura Económica, 2009.
 - Shindell, Drew *et al.* "Quantified, localized health benefits of accelerated carbon dioxide emissions reductions," *Nature Climate Change*, vol. 8, April 2018, pp. 291-295. DOI: 10.1038/s41558-018-0108-y.
 - Steffen, Will *et al.* "Trajectories of the Earth System in the Anthropocene," *PNAS*, vol. 115, no. 33, August 14, 2018, pp. 8252-8259, DOI: 10.1073/pnas.1810141115.
 - Trombley, Janna *et al.* "Climate change and mental health: an evidence-based review of the emotional health risks associated with a changing climate," *AJN*, vol. 117, no. 4, April 2017, pp. 44-52, DOI: 10.1097/01.NAJ.0000515232.51795.fa.
 - Volpi, Franco. *El nihilismo*. Traducido por Cristina I. del Rosso y Alejandro G. Vigo, Editorial Biblos, 2005.
 - Wallace-Wells, David.* *El planeta inhóspito: la vida después del calentamiento**. Traducido por Marcos Pérez Sánchez, Debate, 2019.